

UN NUEVO DIALOGO ENTRE LA RELIGIÓN Y LA ECONOMÍA

Antonio Garrigues Walker
Presidente del bufete Garrigues & Andersen
Miembro de la Comisión Trilateral

La relación de la Iglesia Católica con los sistemas económicos y políticos siempre ha sido, y desde luego sigue siendo una relación rebotante de ambigüedades, complejidades, tensiones, contracciones y de lagunas.

Creo sinceramente que ha llegado el momento histórico adecuado para intentar clarificar y racionalizar esa relación y estoy convencido de que avanzando en tal tarea se alcanzarán beneficios y progresos importantes para la condición humana. ¿Sería posible un diálogo sobre estas materias sin demasiadas condiciones previas y sin reservas mentales? La respuesta, en mi opinión, debe ser afirmativa y el diálogo debe iniciarse con urgencia. Veamos el porqué.

El fracaso del marxismo como método de análisis de la realidad puede interpretarse como el primero de los fracasos globales de una larga lista de dogmatismos ideológicos, económicos, religiosos, culturales y sociales que el ser humano habla creído necesario imponerse, o aceptar que se le impusieran, para evitar el desconcierto, el caos o el vacío.

Este primer fracaso de los dogmatismos abre las puertas de una era filosófica que puede generar el fin, no ciertamente de la historia, pero sí el de una historia determinada y el comienzo de otra en la que vamos a necesitar vaciar nuestros cerebros de muchas dialécticas tradicionales y en concreto de la mezquina dialéctica actual sobre el concepto de lo que es posible y lo que es imposible. Este vaciamiento mental pondrá de manifiesto, entre otras cosas, el protagonismo esencial que debe tener el diálogo en la convivencia humana. Los esplendorosos procesos de paz en Sudáfrica, Oriente Medio e Irlanda son, en este sentido, ejemplos gratificantes que acabarán influyendo benéficamente en todos los demás conflictos y de que también deberían influir en los grandes debates intelectuales vigentes. Analicemos un ejemplo especialmente positivo en este aspecto.

Las relaciones entre la Iglesia Católica y la ciencia han sido más controvertidas, más dolorosas y más dramáticas que esas mismas relaciones en el terreno económico y político. El recelo -por decirlo de forma considerada- de la Iglesia ante los progresos científicos ha sido, en efecto, una constante histórica, y el componente básico de ese recelo parece residir en el temor a que tales progresos puedan reducir su protagonismo o producir confusiones en cuanto a su doctrina o contradecir, aparente o realmente, sus principios y sus objetivos. Pues bien, en este terreno está en marcha desde hace algún tiempo un diálogo audaz y fascinante que podría cambiar en forma radical un proceso histórico que ha sido creo que deberíamos aceptarlo escandalosamente negativo y que aún lo sigue siendo en temas concernientes a la nueva ingeniería genética.

Se ha iniciado, al final, un diálogo teológico científico serio y coherente sobre el cual podemos traer a colación dos magníficos análisis que entresacamos de un número de 1995 de la admirable revista *Saber Leer*: El de Manuel Doncel, sobre un libro elaborado por quince especialistas en Física, Filosofía y Teología (teólogos luteranos y católicos), que lleva como título "Cosmología cuántica y las leyes de la naturaleza: perspectivas científicas de la acción divina", el cual ha sido editado conjuntamente por el Estado del Vaticano y el Centro de Teología y Ciencias Naturales de Berkeley, California. En este libro el tema científico central son las nuevas cosmologías cuánticas que intentan eliminar cuánticamente, como luego se dirá, la continuidad inicial del Bing Bang, y el tema teológico es el de la acción divina en la naturaleza de las leyes y concepciones del tiempo. Alberto Galindo analiza por su parte otro libro sobre un tema similar: las relaciones entre ciencia y religión a la luz de la física y matemática actuales; el autor es Paul Davies, y el título: "La mente de Dios. Base científica para un mundo racional".

En ambos libros se hace referencia al planteamiento básico de Stephen Hawking de que si supiéramos por qué existe el universo y el hombre, conoceríamos de verdad la mente de Dios y su formulación concreta de que "en tanto en cuanto el universo haya tenido un principio, podríamos suponer que ha tenido un creador. Pero si el universo se contiene absolutamente en sí mismo, sin barreras ni límites, no tendría ni comienzo ni fin.

Simplemente existiría (*it would simply be*). Pero en ese caso, ¿cuál sería el papel (*the place*) de un creador? Las reflexiones que provoca esta pregunta son complejas y difíciles de resumir. Aluden a temas como la temporalidad de Dios, a la compatibilidad de las leyes de la naturaleza con la acción divina y la capacidad del cosmos para ser y hacerse a sí mismo.

En sus magníficos análisis, los profesores García Doncel y Galindo hacen referencia a estas cuestiones, y en concreto al tema de la creación del universo, aludiendo a la nueva cosmología cuántica, desarrollada por Hawking y otros, en la que no existe un instante inicial del universo. Según estos científicos, nuestro universo no ha existido siempre, pero tampoco ha tenido un origen definido en el tiempo. Es de edad finita e indefinida a la vez. Para un teólogo como Robert Russell, esta idea es conceptualmente mucho más enriquecedora que la teoría del Bing Bang. Según él, la idea teológica de la creación ex-nihilo se refiere propiamente a un origen ontológico, no a uno histórico empírico.

Por su parte, el teólogo Keith Wald entiende que la moderna cosmología "parece que está volviendo ahora a sus raíces, es decir, a la concepción del cosmos físico como expresión visible de la mente de Dios". Esta es la síntesis, ciertamente incompleta, de un diálogo entre cosmología y Teología que al parecer está funcionando a la perfección y que se piensa ampliar durante una década a otros cuatro campos científicos: el Caos y la complejidad (el gran tema de moda), la Biología evolutiva y molecular, la investigación cerebral, y las teorías cuánticas de los campos.

Con este excepcional precedente resultaría irresponsable que no se iniciara asimismo un nuevo diálogo entre *teólogos, economistas y políticos* en una época en la que se pueden producir en estos dos últimos terrenos cambios y alteraciones tan importantes como los que ha producido la física cuántica, aboliendo prácticamente toda distinción fundamental entre materia, consciencia y espíritu, tema que el físico Wald resume con sentido del humor diciendo que "sería triste existir un átomo en un universo sin físicos. Los físicos estamos hechos de átomos. Un físico es uno de los sistemas que tiene un átomo para investigar sobre los átomos".

La Iglesia -una vez superado felizmente, aunque a duras penas, el síndrome de Galileo-, puede empezar a perder el miedo a lo desconocido y reducir al mínimo algunas tendencias dogmáticas e intervencionistas completamente superadas e innecesarias, dando por seguro que las comunidades humanas encontrarán en todos los momentos de su evolución las respuestas necesarias y los mecanismos suficientes de adaptación a las nuevas realidades, incluidas las económicas y políticas.

Veamos la situación de partida en este tema: "La Iglesia no propone sistemas o programas económicos y políticos, ni manifiesta preferencias por unos u otros, con tal de que la dignidad del hombre sea debidamente respetada y promovida, y la Iglesia goce del espacio necesario para ejercer su ministerio en el mundo". Así se expresa Juan Pablo II en la Encíclica *Sollicitudo Rei socialis*. Este principio, tan claro y tan simple en apariencia y tan complejo y tan inquietante cuando se intenta concretar, resume y dirige -por decirlo de algún modo- las relaciones entre la Iglesia Católica y la vida política y económica de la humanidad.

Al amparo de este principio rector, la Iglesia, por medio de sus Pontífices, ha condenado, en diversos momentos históricos: el liberalismo, en todas sus manifestaciones; el marxismo y el socialismo con especial constancia, rigor y contundencia, hasta el punto de afirmar que su error fundamental es de "carácter antropológico", en tanto en cuanto "el socialismo considera a todo hombre como un simple

elemento y una molécula del organismo social, de manera que el bien del individuo se subordina al funcionamiento del mecanismo económico y social" (Juan Pablo II, Centesimus annus); y por fin, el capitalismo salvaje, al menos salvaje, y en definitiva, cualquier capitalismo, porque aunque acepte favorablemente "un sistema económico que reconoce el papel fundamental y positivo de la empresa, del mercado, de la propiedad privada, de la consiguiente responsabilidad para con los medios de producción y de la libre creatividad de la empresa", rechaza categóricamente, en la misma encíclica, un capitalismo "en el cual la libertad, en el ámbito económico, no esté encuadrada en un sólido contexto jurídico que la ponga al servicio de la libertad humana integral y la considera como una particular dimensión de la misma, cuyo centro es ético y religioso".

Exigirle o imponerle al capitalismo condiciones legales, morales y filosóficas tan estrictas, tan profundas y tan amplias, es un ejercicio de optimismo irreal o de utopismo irrazonable, y en alguna medida implica un desconocimiento -que podría ser consciente- del funcionamiento de los sistemas económicos, del papel de "la mano invisible", y en especial de las aspiraciones y limitaciones del ser humano. Además de la cultura del *ser*, o el *deber ser*, habrá que asumir ocuparse adecuadamente de la cultura del *tener*, sin despreciarla, ni denigrarla, ni condenarla genéricamente y, además, comprendiendo su sentido -por triste que sea- en la vida real. Guste o no guste, el consumo es la esencia y el motor de la economía de mercado; o hay consumo, y cuanto más mejor, o no hay creación de riqueza. No se trata de aceptar una ética calvinista de ennoblecimiento de lo económico, sino simplemente de reconocer unos hechos tozudos y unas reglas inexorables.

Rafael Termes -un hombre clave de ese posible diálogo religioso-económico- en su excelente ensayo *El papel del cristianismo en las economías de mercado*, además de afirmar sin reservas que no existe contradicción alguna entre cristianismo, catolicismo, y el capitalismo "bien entendido", justifica la intervención y la suprema guía de la Iglesia Católica en estos temas, y en general en todos los temas, utilizando la autoridad moral del beato José María Escrivá, cuando afirma que "hablando con profundidad teológica, es decir, hablando con rigor, no se puede decir que haya realidades -buenas, nobles y aun diferentes- que sean exclusivamente profanas...".

Todo ello está en línea con la doctrina tradicional de la Iglesia Católica y muy en concreto con las dos últimas encíclicas del Papa Juan Pablo II (*Veritatis splendor* y *Evangelium vitae*) en la que la Iglesia confirma al análisis de José Luis Aranguren (El protestantismo y la moral) de que "el catolicismo es una religión moral. La actitud religiosa -fundamental- y la actitud ética -subordinada a la Iglesia- son, en él, indivisibles".

Sigmund Freud llegó a afirmar que la "técnica de la religión consiste en disminuir el valor de la vida y en deformar de manera delirante la imagen del mundo real, cosas éstas que presuponen el envilecimiento de la inteligencia". Aun sin aceptar en forma alguna este planteamiento, aun asumiendo actitudes claramente conservadoras y prudentes, parece claro que también la Iglesia tendrá que empezar con prontitud y buena voluntad a cuestionarse los nuevos límites de su propia misión, a reconocer, asimismo, sus límites e incapacidades en cuanto a la posesión de la verdad científica, económica o política y, sobre todo, a abandonar actitudes que conduzcan o faciliten posiciones fundamentalistas en un mundo que ya tiene demasiados riesgos en este sentido y que necesita, por lo tanto, incrementar al máximo su capacidad de diálogo, de tolerancia y de respeto a las posiciones contrarias.

La gran tarea, el gran objetivo del mundo de la Iglesia y del mundo económico y político es afrontar y resolver el dramático problema de las desigualdades e injusticias a escala mundial. Es ahí donde puede y debe empezar un diálogo sin reservas, sin condiciones previas, sin barreras dogmáticas, sin hipocresías, sin evasiones intelectuales. Ya nadie puede justificarse o consolarse pensando que es un tema imposible. Ahora es literalmente imposible, literalmente necesario y literalmente urgente. Por comparación, todos los demás problemas, aún los más dramáticos, parecen, en estos momentos, problemas menores y muchos de ellos profundamente frívolos. He ahí el gran reto ético, el verdadero reto ético de esta época.